

REVISTA

DE LA

Sociedad de Estudios Almeriense

ESTUDIO PSICOLÓGICO

DEL

RUBOR

CONFERENCIA

leída por DON DAVID ESTEVAN en la Academia de los Caballeros de la Inmaculada y S. Ignacio (sección de Filosofía) en la tarde del 25 de Abril de 1926.

Ante todo, perdón. Perdón por someteros con tanta frecuencia a la molestia de escucharme. Os lo imploro en un estado de espíritu muy semejante a la atrición; y no añado que con propósito de enmienda porque aunque efectivamente lo abrigo, no estoy seguro de poderlo cumplir. En los débiles de voluntad no valen los propósitos. Yo traigo, pues, el de no molestaros en mucho tiempo con mis disertaciones, propósito firme, resuelto, nacido de una firmísima convicción: la de que estoy abusando de vuestra paciencia. Pero no sé si en plazo breve vendré de nuevo a esta tribuna, cediendo a esta debilidad congénita que no me permite negarme a las súplicas de amigos y deudos, que haciéndome ver en toda ocasión cuánto me estiman, se muestran sobre toda ponderación insinuantes, amorosos y seductores a la hora de pedir; que es, como sabeis, la más adecuada para

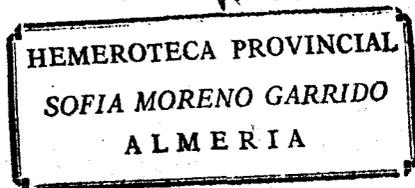
REVISTA
DE LA
Sociedad de Estudios Almeriense

ESTUDIO PSICOLÓGICO
DEL
RUBOR

CONFERENCIA

leída por DON DAVID ESTEVAN en la Academia de los Caballeros de la Inmaculada y S. Ignacio (sección de Filosofía) en la tarde del 25 de Abril de 1926.

Ante todo, perdón. Perdón por someteros con tanta frecuencia a la molestia de escucharme. Os lo imploro en un estado de espíritu muy semejante a la atrición; y no añado que con propósito de enmienda porque aunque efectivamente lo abrigo, no estoy seguro de poderlo cumplir. En los débiles de voluntad no valen los propósitos. Yo traigo, pues, el de no molestaros en mucho tiempo con mis disertaciones, propósito firme, resuelto, nacido de una firmísima convicción: la de que estoy abusando de vuestra paciencia. Pero no sé si en plazo breve vendré de nuevo a esta tribuna, cediendo a esta debilidad congénita que no me permite negarme a las súplicas de amigos y deudos, que haciéndome ver en toda ocasión cuánto me estiman, se muestran sobre toda ponderación insinuantes, amorosos y seductores a la hora de pedir; que es, como sabéis, la más adecuada para



mostrar la vehemencia de los afectos y el ardor de las simpatías.

El señor presidente de la sección de Filosofía que es inteligente e ingenioso, no ha podido ni con la asistencia de tan altas calidades, acudir hoy ante vosotros. Está gravemente ocupado. Y buscando algún sustituto libre de todo género de ocupaciones, dió, naturalmente, conmigo que apenas si tengo otras que las de contemplar el cielo estrellado en la noche serena y hacer discursos líricos para suplir a las sirenas atrayentes que me invitan con sus cantos seductores.

Y heme aquí, a título de hombre complaciente, dispuesto a disertar por cuenta de mi amor al señor presidente de la sección de Filosofía, amor recíproco ciertamente porque es noblemente correspondido, pero diverso en el carácter y en la forma, porque el suyo es de mandato y el mío de obediencia. Me resigno sin embargo al pensar, mejor diré al sentir, que el señor presidente de la sección es hijo de mi madre y que la memoria bendita de aquella mujer, para ambos sagrada, nos invita a ayudarnos generosamente en todas las empresas de la vida.

Y ved cómo, a la inversa del héroe famoso de nuestro drama popular, que nunca hizo caso de las pláticas de familia, yo las siento ahora sobre mí, empujando mi corazón y mi voluntad hasta los linderos del sacrificio y tal vez de la fatiga. Sea todo por Dios. Lo más lamentable es que vosotros, tan amables siempre, vengais a ser las víctimas de estos arreglos familiares. La paciencia sea con vosotros, y conmigo el acierto. Y hasta otra vez, ¡y quiera Dios que sea tarde!

* * *

¿Qué es el rubor? Así, por fuera, en la superficie, sin penetrar en honduras psicológicas, el rubor viene a ser un lindo adorno del semblante: un color suave que tiñe la faz y que dá á los rostros, especialmente a los de las

mujeres, una apariencia muy interesante. Algo así como la poesía de la inocencia. El matiz de las rosas en las mejillas, un tono más enérgico en la frente y otro más suave en los labios. En suma, una máscara muy seductora. Y además mucho más limpia y más barata que aquel blanco y carmín de doña Elvira, que según el dicho famoso del poeta,

de ella tuvo no más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Como Doña Elvira dejó una descendencia tan numerosa, es bueno advertir, para enseñanza de las hijas y nietas de aquella señora, que el rubor, absolutamente gratuito, dá la misma apariencia, pero en tonos más selectos, más naturales y por ende más simpáticos que los productos de las perfumerías.

Sépanlo las damas y damiselas, no las que me escuchan, que no lo han menester, sino aquellas que andan por la vida huyendo de la verdad, porque les parece amarga y deleitándose con las mentiras y ficciones que así, de momento, resultan más amables y deslumbradoras. Sépanlo, repito, las damas y damiselas adoradoras del buen color de la faz y sépalo el respetable gremio de madres de familia complacientes o abandonadas, cómplices y encubridoras y a veces autoras inductivas de los extravíos de sus hijas. Para conseguir un bello color de rosa en el semblante no es preciso acudir a tiendas y dispendios; puede ahorrarse lo que se gasta en esas cosas, con sólo ahorrar la mayor cantidad posible de inocencia en los corazones, porque la inocencia pinta la faz y no hay pintura más graciosa, ni más barata.

Y con esto queda indicada otra nota del rubor, superficial también, pero también interesante. El rubor es un elogio impreso en la cara, una graciosa manifestación de virtudes positivas y encantadoras: la modestia, el pudor, la timidez. Cierta que estas virtudes, como todas, pueden advertirse y admirarse, mediante la observación, el trato amistoso, la confianza, la intimidad. Pero me-

diante el rubor se manifiestan desde luego e imprimen en el semblante la huella, el signo, la demostración de su existencia. Un semblante teñido de rubor indica, por de pronto, un alma noble, sencilla, ingénuo: es una muestra involuntaria y elocuente de tesoros sobrenaturales que brillan con amable refulgencia, allá dentro, en el sagrado alcázar del espíritu.

Y ved cómo por obra de este signo, de esta superposición del color de las rosas sobre los múltiples amarillos y verdes de la piel, ciertas virtudes embellecen el rostro y dán a todo el conjunto de la persona cierto aire de encogimiento, de turbación, de candor invencible que exalta la belleza física como un reflejo de la belleza moral.

Y ved ahora cuán grave y profundo error se comete cuando en presencia de una persona ruborizada, abrimos sin compasión las exclusas de la risa y la abrumamos con un coro de carcajadas. La risa que tiene en este caso forma y carácter de sanción, encierra una tremenda y espantosa injusticia. Creemos reirnos de un defecto y en realidad nos reimos de la manifestación de una virtud o de varias virtudes. ¡Desgraciados los que no ríen, porque acusan sequedad de corazón. Pero desgraciados los que ríen cuando deben admirar y enaltecer, porque su risa es burla de sí mismos: desgraciados los que ríen cuando deben compadecer, porque su risa es crueldad y dureza de espíritu; es decir, ausencia de caridad y de amor!.

Admiremos, pues, a los que se ruborizan: admirémoslos y envidiémoslos porque manifiestan en el semblante la dulzura de sus corazones, la ingenuidad de su carácter, la sencillez de sus formas, la inocencia de sus almas, la timidez, la santa timidez de los humildes, de los buenos. ¡Quién pudiera soltar el lastre pesado de muchos años, de muchos desengaños, de muchas injusticias, de muchas experiencias tristes, de muchas crueldades padecidas, de muchas audacias soportadas; y venir ante vosotros a hablar del rubor, encogido y tímido, todo

ruborizado y temeroso, poniendo el ejemplo propio como el primer fundamento de la doctrina! Los que se ruborizan ¡cómo gozarán íntimamente del placer de su inocencia y de su pudor, aunque sufran por un instante las angustias de la confusión y arrosten los peligros del ridículo.

* * *

Se ha estudiado y es conocido el mecanismo fisiológico del rubor. Claudio Bernard en su precioso estudio sobre la «Fisiología del corazón» ha descrito ese mecanismo: un breve síncope producido por ciertas emociones, la parada brusca del corazón que se reanima en seguida con más fuerza, salta en el pecho y envía la sangre llena de vigor a las arterias. Pero ¿cuáles son esas emociones que provocan la detención breve y los saltos gozosos del corazón? ¿Cuáles son las causas determinantes de ese proceso? ¿Cómo llega al corazón la realidad que instantáneamente lo detiene y cómo y cuándo y por qué llega al semblante, por el mero impulso de la gran viscera, el suave rojo de la sangre que delata la emoción y la expresa y la muestra, contra la voluntad del que la sufre y a pesar de cuantos esfuerzos quieran realizarse para evitarlo? He aquí nuestro asunto. Sobre estas causas vamos a discurrir brevemente.

Aquel orador sublime de la Iglesia, gloria del siglo de Luis XIV que mereció por su elocuencia y sabiduría el sobre-nombre de águila de Maux, el insigne Bossuet, pudo decir con certeza estas palabras que aparecen en su sermón sobre el honor «El pudor y la modestia no se oponen sólo a las acciones deshonestas sino a la vanagloria y al amor desordenado por las alabanzas. Una persona honesta y bien educada se ruboriza por una palabra inmodesta: un hombre discreto y moderado se ruboriza de sus propias alabanzas. En uno y otro caso la modestia hace bajar los ojos al suelo y subir el rubor a la frente».

Doctrina análoga sostiene Melinand: el rubor se produce por la modestia: un elogio que se nos dirige, sobre todo delante de testigos, nos ruboriza. Se produce igualmente por el pudor: una palabra inconveniente ruboriza como un elogio: sin duda para muchos hombres esta ley no es verdadera, pero es porque el hábito ha endurecido su sensibilidad: la ley no es por esto menos natural y exacta. No hay una muchacha ni un adolescente que no se ruborice ante una alusión picaresca. El pudor, pues, produce el mismo efecto que la modestia. Se explica: si del pudor ha podido decirse que es el respeto físico de sí mismo, cabe decir de la modestia que es el respeto moral, la estimación ponderada del mérito propio y el desdén de todas las vanidades. Convengamos ahora en que poca gente se ruboriza por modestia: entre la vanidad enfática, tolerable aunque fastidiosa de los listos, y la vanidad absolutamente insoportable y absurda de los tontos, más abundante y asoladora, la humanidad se agita en una inmensa jaula de gentes desvanecidas que se creen abrumadas por el peso de sus excelsas calidades. Si la vanidad no fuera ridícula hubiera agotado una virtud: la paciencia. Afortunadamente se combate con carcajadas. Y así resulta más divertida que repugnante.

Otra causa del rubor es la timidez. Pocas frases tan felices como aquella de Bergson que para describir a un tímido decía que dá la impresión de una persona a quien le estorba el cuerpo y busca afanosamente un lugar apartado donde dejarlo. Verdaderamente si a la entrada de un salón encontráramos un mueble donde colgar el cuerpo, como colgamos los abrigos y los sombreros, nadie tropezaría con los muebles, nadie temblaría al cruzar entre los grupos de visitantes, ni los empujaría, ni los pisaría, ni llegaría hasta la señora de la casa todo sudoroso y ruborizado. La verdad es que el cuerpo es en estos casos un estorbo formidable. Los tímidos se ruborizan por todo: porque se los pregunta, porque se los contesta, porque se los oye, porque se los habla, porque

se los mira, por mirar ellos, cuando se los saluda, cuando se contesta a su saludo, cuando no se los contesta, cuando se encuentran en la calle una persona conocida, cuando se encuentran muchas a quienes no conocen, cuando hablan, cantan o bailan en público y cuando rezan en público, cuando miran en público—ante el público en todas las operaciones—y además, si son mujeres, cuando el cartero las entrega una carta, sobre todo si ha llegado por el correo interior, y si son hombres por cosas tan distintas como encontrarse en la calle a la madre de la novia y afeitarse en una barbería muy concurrida.

Por último el rubor se produce por la confusión. Bajo el nombre genérico de confusión se comprenden todos aquellos casos en que somos sorprendidos en fragante delito. Pero entiéndase bien que la palabra delito no se emplea aquí en su verdadera acepción jurídica, ni mucho menos en la vulgar y corriente de crimen o acción abominable. Al contrario cuanto más leve sea la falta, cuanto menos pecaminoso el motivo que lo inspire, es más cierto y seguro nuestro rubor. El criminal sorprendido no se ruboriza: huye, acomete, amenaza o se entrega, pero no se ruboriza. Palidece de miedo o enrojece de cólera. El rubor es signo de espíritus más delicados y de voluntades más débiles y de confusiones más candorosas. Los asesinos, los ladrones, ¿por qué ni para qué han de ruborizarse?

Enumeremos algunos de esos delitos, que por la confusión que producen en el espíritu, por la turbación, por el remordimiento tintan el rostro de rubor. La composición habilidosa de una mentira, la publicación de un secreto que estamos obligados a guardar, la caída en medio de la calle y peor todavía en un salón, en un baile, en un espectáculo público cualquiera: menos que la caída, un simple tropezón que nos hace vacilar (todo el que tropieza vuelve la cara para comprobar si ha sido visto), la adopción de una postura ridícula, de un descuido en la indumentaria y en general cualquiera acción

que tenemos por secreta, si nos encontramos ante un testigo inesperado.

Porque, oído bien, no sólo la sorpresa de un delito— ya hemos dicho el alcance que aquí tiene la palabra— sino la de una acción noble, generosa y elevada, suele producir la misma confusión y encender el mismo rubor. Y puesto que hablo a personas cristianas, y por cristianas caritativas, me valdré de un ejemplo que para muchos de vosotros no será cosa nueva ni sorprendente. Visitamos a una familia necesitada para socorrerla y consolarla: cuando hemos depositado nuestra limosna en la mano temblante del jefe de la familia, y decimos cuatro palabras de esperanza y de consuelo, entra de súbito una persona extraña. Si el que entra es un indiferente que acude a resolver una incumbencia de vecindad, nos ruborizamos: si es otro bienhechor que va allí con el mismo propósito que nosotros, nos ruborizamos los dos, y ambos por la misma causa: el entrante nos sorprende cuando nos creemos solos y él es sorprendido cuando esperaba hallarse en el mismo estado de soledad.

No puedo resistir la tentación de narraros un hecho verdaderamente gracioso, en el que actué como actor. Hace muchos años un amigo mio, condiscípulo amado de la Universidad, camarada íntimo, gran corazón y alta inteligencia, visitaba conmigo los pobres de una conferencia de San Vicente. Una tarde dimos en la casa de un tuberculoso que lentamente se extinguía, rodeado de toda clase de miserias, de dolores y hasta de afrentas morales espantosas. La conferencia arrastraba, no hay que decirlo, una vida precaria: la caridad era y es tibia, porque el amor que es su generador y su esencia, vibra en pocos pechos y los bolsillos permanecen cerrados a cal y canto. Llevábamos para aquel desventurado dos kilos de pan. Advertimos bien pronto que la limosna, bendita siempre, resultaba escasa, pero entregamos lo que nos entregaron. Apenas en la calle nos apresuramos ambos amigos a buscar pretextos para separarnos, y con

ficciones engañosas lo conseguimos luego. Solos ya, emprendimos por caminos distintos la vuelta al pobre hogar del enfermo sin ventura, para mejorar un poco la limosna insuficiente. Cuando yo doblé la esquina, mi compañero llegaba a la puerta. Quedámonos ambos perplejos y ruborizados como dos colegiales. Mi amigo era tímido, yo resuelto; pero a los dos se nos colorearon igualmente las mejillas.

En suma, el rubor en estos casos—y a eso iba con estas consideraciones—no depende tanto de la bondad o malicia de la acción, como de la confusión que produce advertir que un testigo con el que no contábamos, ha presenciado el hecho. Es más: no es preciso hacer nada, ni bueno, ni malo; si nos creemos solos y nos damos cuenta, de súbito, de que alguien nos observa, sentimos en seguida la ola de calor y de color en el semblante. Claro está que un rubor tal es leve y pasajero, pero es rubor al cabo.

Melinand cita un ejemplo muy gracioso. Supone que un hijo nos pide permiso para salir de paseo. Sin duda en tiempos de Melinand se observaba todavía esta rancia costumbre que han desterrado casi todos los hijos y una gran parte de las hijas, que van y vienen sin licencia de nadie, con lo cual suele producirse la paradoja de que las salidas sin licencia acaben por ser salidas licenciosas. Pues bien, Melinand supone que un hijo nos pide permiso para salir de paseo: se lo concedemos de buen grado, pero como sabemos que realmente no vá a pasear sino a merendar en casa de su abuela, podemos decirle: pasea por el Parque y si te encuentras allí a la abuelita no le pidas pasteles porque te hacen daño. La cara del niño se torna del color de las naranjas. Y si se trata de un hombre o de una mujer sucede lo mismo, porque el rubor en estos casos no nace de la inocencia sino de la

adivinación del secreto. Claro está que cuanto más hondo el secreto, más viva la emoción, y el rubor más vivo.

* * *

Y he aquí como podemos pasar ahora llanamente de los hechos a la ley, de la realidad a los principios. Sistema de investigación muy francés, y como tal, muy ingenioso, y que para esta clase de estudios tal vez sea el más claro y el más eficaz.

Señores: teorías sobre el rubor debe haber muchas. Yo conozco algunas que expondré ahora, pero seguramente habrá otras varias que yo no conozco, que al fin y al cabo siempre es menos lo que se conoce que lo que se ignora. Además como yo hablo, según dije al principio, contra mi voluntad y sin tiempo suficiente para una preparación digna de vosotros, en todo el curso de la conferencia ha de advertirse esta falta de preparación. No pretendo enseñaros, me basta con entreteneros unos minutos.

Darwin en un libro escrito con más ingenio que razón y por lo tanto más abundante en amenidad que en certeza, ha expuesto una teoría sobre el rubor, que en definitiva no es más que una aplicación específica de su doctrina general sobre «la expresión de las emociones», que tal es, por cierto, el título del libro. Según Darwin la causa que nos produce el rubor es nuestra propia atención dirigida sobre nosotros mismos: si yo me ruborizo—dice el escritor inglés—es porque ya por el temor que me inspira el juicio de otro o ya por otra razón, yo dirijo intensamente mi atención sobre mi persona física, sobre mi rostro principalmente.

Obsesionado Darwin por el principio de la evolución que constituye la esencia de su sistema, añade que en todas las épocas hombres y mujeres han otorgado, sobre todo en su juventud, una gran importancia al aspecto exterior de su persona y han fijado igualmente su atención de un modo especial sobre su semblante. Ahora

bien, siempre que sabemos o sospechamos que se juzga nuestra persona, nuestra atención se fija fuertemente sobre nosotros mismos y sobre todo sobre nuestro semblante. Esto debe producir probablemente el efecto de poner en juego la porción nerviosa que reciben los nervios sensitivos de la cara.

Tratándose de Darwin apenas si es preciso añadir que a la causa anteriormente señalada suma, como siempre, el hábito, la herencia y el flujo fácil de la fuerza nerviosa en las vías acostumbradas. En resumen, se trata, de explicar, como tantas otras veces, lo espiritual por lo físico, subordinar la acción del alma humana y la múltiple variedad de sus facultades y de sus determinaciones a la acción rígida, inflexible, implacable y brutal de las leyes físicas, de los nervios, de la sangre, de los músculos, de las células, de las secreciones internas y además del hábito y de la herencia.

No se quiere confesar este error fundamental y profundo, que la conciencia nos advierte a la más ligera meditación. Se conciben muchos errores, quizás todos, digo que se conciben, no que se justifican: se conciben muchos errores, pero no aquellos que llevan en nosotros mismos la acusación de su falsedad, no aquellos que rechaza la conciencia, de un modo que llamaré instintivo: sin meditación, sin estudio, ante la sola presencia del mismo error, por un acto de repugnancia invencible.

No ya los sabios, ni siquiera las personas graves, sino los niños aprenden sin maestros que llevan dentro de sí una fuerza interna superior a la física y material, independiente de los músculos y de los vasos, más intensa que la circulación de la sangre y más viva que la vibración de los nervios, más honda que las secreciones internas y más activa y enérgica que los movimientos musculares. Algo que vive unido a todo este engranaje físico, pero que está exento de su uniformidad, de su monotonía, de su rigidez, de su igualdad matemática, de su acción indeclinable; algo que no es un mecanismo, ad-

mirable, pero mecanismo, al fin; algo, en suma, espiritual y elevado, simple y vario, flexible, inteligente, libre, para decirlo en una sola palabra, libre con la santa libertad de la elección y la clara visión de la responsabilidad. Unido con unión substancial a nuestro propio cuerpo, pero tan diferente de él, que ni siquiera le rige y alcanza la ley implacable de la muerte, porque flotará sobre nuestro cadáver y vivirá en la eternidad, porque el soplo que le dió vida alentaré más allá de todos los tiempos y la imágen que le sirvió de molde no puede borrarse ni extinguirse.

Pues Darwin, y con Darwin tantos otros hombres inteligentes, ilustrados y razonadores, sufre esa lamentable confusión, esa aberración incomprensible. Lo original es que su estudio sobre el rubor empiece con estas palabras. «El rubor es la más especial y la más humana de todas las expresiones. Los monos enrojecen de cólera, pero sería necesaria una evidencia extraordinaria para hacernos creer que exista animal alguno que puede ruborizarse, en el sentido en que esta palabra se aplica al hombre.» Algo análogo escribió el propio escritor sobre la risa. Pero no se dejó arrastrar en uno ni en otro caso por la fuerza lógica, elemental y manifiesta, de que aquello que es peculiar del hombre, exclusivo del hombre, debe atribuirse lógicamente a aquella esencial diferencia que le distingue de los demás animales. ¿Para qué buscar en elementos que son comunes al hombre y a los animales superiores de la escala, lo que solamente se produce o existe en aquél? La risa, el rubor, exclusivamente humanos, ¿no tendrán su origen en aquel principio espiritual, elevado y superior que sólo existe en el hombre? Pero afirmando esto se viene a parar a la conclusión de que no descendemos directamente del mono y Darwin y los positivistas tienen especial empeño en atribuirnos esta feísima y abominable paternidad. El Señor que nos ha librado de semejante progénie sea bendito. Amen.

El doctor Burgess opina que el rubor ha sido destinado por el Creador a dar al alma el soberano poder de manifestar en nuestras mejillas nuestras diversas emociones interiores o nuestros sentimientos morales, de manera que fuese para nosotros un freno y para los demás un testimonio visible, si llegásemos a tratar de violar las reglas que deben sernos sagradas.

Algo parecido dá a entender Gratiolet, cuando escribe estas palabras: «Y como está en el orden de la naturaleza que el sér social más inteligente sea también el más inteligible esta facultad de rubor y palidez que distingue al hombre es un signo natural de su alta perfección.»

Contra estas teorías, aduce Darwin un argumento muy peregrino. La creencia de que el rubor ha sido destinado por el Creador a un fin especial—dice—es contraria a la teoría de la evolución, que es hoy generalmente aceptada. El argumento no puede ser más llano ni más cómodo. Así se combaten todas las doctrinas, con la mayor sencillez del mundo. Tal teoría es contraria a lo que yo opino: luego es falsa. La verdad es que con este procedimiento no hay manera de equivocarse y además no son menester grandes estudios ni grandes esfuerzos para discutir. Pues así discute Darwin la cristianísima teoría del Doctor Burgess. Es contraria a la evolución: luego es falsa. Y adelante.

La doctrina del Doctor Burgess es desde luego admisible, como interpretación la más elevada del fenómeno rubor: lo indiqué al principio, sin pretender que alcanzara mi indicación toda la eficacia de una doctrina, de una teoría. El rubor, entendiéndolo por tal la coloración corriente que las emociones producen en el rostro, lejos de ser un defecto indica una virtud o varias virtudes. Así no es maravilla interpretar ese hecho en la forma indicada por Burgess como un freno para nosotros mismos y una acusación involuntaria formulada por nuestra conciencia ante la transgresión de una ley sagrada. Dios

es inexcrutable en sus designios, pero cabe pensar que haya querido ponernos ese freno y facilitarnos esa acusación, esa confesión visible de nuestra falta, y quién sabe si además de eso y sobre eso una sanción pública para corregir o para evitar la falta, el pecado que la determina.

Conviene con esta teoría la observación exactísima de que no existe el rubor, de que no se produce el rubor en los dos extremos de la escala: en la absoluta inocencia y en la suprema e irremediable picardía. Los inocentes no tienen por qué ruborizarse: los pícaros no tienen para qué ruborizarse. Y ni unos ni otros se ruborizan. Darwin cita el caso de alguno de sus hijos que se ruborizó a los dos años de edad. Es posible, pero resulta muy extraño. Conocidas son las encantadoras ingenuidades de la infancia. De los diversos motivos de rubor no suelen darse en los niños ni el del pudor, ni el de la modestia, ni el de la timidez. No dan importancia a tales cosas, no conocen su alcance y significación. Tan sólo la confusión puede producir en ellos el fenómeno.

Ya que Darwin suele poner frecuentemente a sus hijos por ejemplo, contaré yo el caso de una hija mía, de ocho años de edad, muy elocuente y muy próximo. Hace muy pocos días, en presencia de la niña, un amigo mio indignado por un caso verdaderamente escandaloso de ingratitude, me decía, amargadísimo—¿y qué se hace con un hombre que carece de decoro, que no sabe lo que es decoro?—y la niña interrumpiendo exclamó:—Yo tampoco sé lo que es eso.—Y es verdad: no saben lo que es eso, ni lo que es lo otro, y por eso no se ruborizan por causas tales. ¡Oh, la seductora, inocencia y el ingenuo candor de los niños! si no tuvieran el defecto de crecer y hacerse hombres serían el supremo encanto de la vida.

* * *

Dos clínicos eminentes, Pitres y Regis han descripto

con gran acierto la crisis del rubor. Queda indicado que estudiaron el asunto desde el punto de vista médico: sin embargo sus observaciones pueden servir de base exacta para fundar una teoría, una explicación del fenómeno en su aspecto espiritual o psicológico.

La crisis del rubor sobreviene casi siempre en el crítico momento en que se teme padecerla. ¡Si me ruborizaré ahora: me parece que voy a ruborizarme! No se necesita más: el rubor llega en seguida. El sujeto se ruboriza. Y no es que llega el rubor por el temor pueril de que ha de llegar: es que se anuncia. Se anuncia, y el ruboroso sabe ya que detrás del anuncio llega implacablemente la realidad. Lo siente venir. . . y viene.

Unos empiezan por sentir como una debilidad que sube desde el corazón a las sienes y promueve la agitación de la sangre: otros una comezón como de picaduras de alfiler, otros un peso en el estómago, una contracción en los hipocondrios, palpitaciones, sofocación, angustias: una delicia de síntomas. Hay quien sufre primero las palpitaciones, le laten las sienes, le zumban los oídos, se le oscurecen los ojos, los párpados se agitan convulsivamente, la cabeza pesa, las piernas flaquean, la lengua se mueve sin poder hablar y el cuerpo entero se agita con temblores ligeros, pero generales. Lo dicho, una delicia.

Desde el principio, el sujeto se encuentra en un estado de turbación y de angustia inexplicables: le asaltan pensamientos contradictorios: le acomete el miedo de que se descubra su timidez y se le encuentre ridículo, (¿hay algo más espantoso que el miedo de ocupar una situación o una actitud ridícula?) o que se imagine que ha cometido una mala acción, o que sea objeto de burla o de menosprecio. Experimenta entonces el doble sentimiento de la confusión o de la cólera contra todo el mundo y sobre todo contra sí mismo. Naturalmente: el enemigo más temible está dentro de casa, es él mismo, su timidez, su vergüenza, su confusión.

Si en estos momentos de la crisis aguda se le mira, o se le dirige una sonrisa, aun cuando sea de piedad, o se hace la más leve alusión a su rubor, se incomoda y se vuelve grosero y hasta insolente. De uno se cuenta que se exaltó y dijo descompuesto: ¿qué le importa a Vd. que yo me ponga colorado, verde o azul? Y se marchó furioso. En esa situación hay un momento en el cual el que sufre la obsesión apenas puede dominarse: el verdadero *furor brevis* de los antiguos. Sin embargo es más corriente caer en la tristeza y aun en las lágrimas. Al terminar la crisis el rubor disminuye rápidamente y decae algunas veces hasta la palidez, desaparecen los fenómenos concomitantes, se disipa la confusión y el sujeto queda entre enojado y satisfecho: enojado por haberse ruborizado tan estúpidamente y satisfecho por haber salido ya del trance del rubor. ¡Qué bien se respirará después de un suplicio semejante!

De ordinario se sienten mejor por la mañana que por la tarde. Cuando llega la noche, a favor de la oscuridad recobran su aplomo y hasta se muestran alegres. Darwin, sin embargo, afirma que algunas mujeres creen haberse ruborizado en la oscuridad y añade que según las observaciones hechas en los aimaras por Mr. Forbes y según su experiencia personal no puede dudarse de la exactitud del hecho. Shakespeare, en cambio pensaba de otro modo cuando pone en boca de Julieta aquella estrofa:

«Ya ves que la máscara de la noche cubre mi rostro: sin eso un rubor virginal coloraría mis mejillas, después de lo que esta noche oyeron de mis labios».

Pitres y Regis terminan la exposición de su teoría con citas de mil casos interesantes y entretenidos: he aquí uno de los primeros: «Entrar en un salón, en una tienda, en un sitio público, hablar o hacer algo delante de gente, resulta para los ruborosos una gran dificultad, en ocasiones insuperable, y sólo con mucha violencia logran alguna vez su objeto; pero les cuesta una emo-

ción que se acerca en ocasiones a la angustia. Para la mayor parte afeitarse o cortarse el pelo en una peluquería toma las proporciones de uno de los actos más penosos de la vida: experimentan verdaderos suplicios bajo la mirada fija del barbero cuando ejecuta su faena y para distraerse toman un periódico o cierran los ojos o procuran pensar en otra cosa, porque tienen la obsesión de esta idea: «si me llego a ruborizar, me he lucido» y con esto tienen bastante, porque aun cuando se resisten cuanto pueden, al cabo sucumben y se ponen rojos como la escarlata.

¡Pobrecitos! Esto lo digo yo: y lo digo de todo corazón. A mí me son muy simpáticos, me inspiran una piedad generosa. Me molestan, en cambio, los de la acera de enfrente, los cínicos que hacen gala y ostentación impertinente de su audacia agresiva y de su irreverente desenfado. Entre los dos extremos prefiero a los que tiemblan ante el barbero: vale más ruborizarse ante el barbero que hacer que se ruboricen hasta los espejos de la barbería.

* * *

Se ha dicho con razón que la inocencia absoluta, la confianza absoluta y la posesión absoluta de sí mismo, son contrarias al rubor. Es cierto: la inocencia absoluta porque no tiene nada que ocultar: la confianza absoluta porque no necesita ocultar nada; y la posesión absoluta de sí mismo porque está segura de ocultarlo todo. Y así hemos llegado al final de nuestra investigación, hemos encontrado la ley, el principio fundamental de la doctrina. Su descubrimiento se debe a Milenand y se formula así: yo me ruborizo porque tengo el temor, o el dolor o el peligro de que se vea en mí lo que yo quiero ocultar. El verdadero símbolo del pudor es la virgen a quien se levanta el velo, el hombre a quien se arranca la máscara, el anónimo a quien se llama por su nombre. Imaginemos un medio de desenmascarar realmente el

alma, supongamos que se puede, haciendo funcionar un resorte, exponer a las miradas de todos nuestros sentimientos secretos, nuestras codicias ocultas, nuestros odios sordos, nuestros remordimientos oscuros, nuestras ambiciones furtivas; entonces nos ruborizaremos como una doncella, no somos más que rubor.

Volvamos a los cuatro casos del principio para confirmar la teoría: la modestia, el pudor, la timidez, la confusión.

Un elogio nos hace enrojecer ¿qué nos pasa? Una cosa muy sencilla. El elogio es muy agradable, lo aspiramos con deleite, nos llena de alegría. Pero no queremos que este deleite, que esta alegría se descubran: cabalmente nos parece que se nos adivina, que se nos observa, que se vé lo que pasa en nuestro corazón, que se nos descubre y manifiesta nuestra satisfacción íntima, nuestra vanidad satisfecha. Y nos ruborizamos porque se pone a plena luz lo que queremos conservar en la oscuridad de nuestro espíritu.

Una doncella escucha una palabra inconveniente: la comprende y se turba: pero ella se considera obligada a ocultar que la ha entendido y a ocultar asimismo la turbación que le ha inspirado. Ella siente sobre sí todas las miradas, porque cabalmente por su presencia es por lo que la palabra ha resultado inconveniente, inoportuna; y vé que a su pesar todas aquellas miradas descubren su doble secreto: el de haber entendido la palabra y el de la turbación que le ha producido.

Vengamos a la timidez: el colegial a quien se pregunta, el hombre de poca sociedad que entra en salón concurrido experimentan la misma emoción: el escolar ignora la repuesta o la conoce y trata de expresarla con el acierto más vivo, con la pompa más galana. Pero sabe que lo miran todos y teme que descubran su ignorancia en el primer caso, y en el segundo su vanidad. El tímido que ha entrado en el salón está emocionado: duda de si procederá con gentileza o con estupidez; no dá con la

palabra adecuada, con la actitud airosa y vé sobre sí todas las miradas descubriendo su emoción, sus temores, sus dudas. Y ambos se ruborizan.

Examinemos por último la confusión. Recordemos el caso de la limosna que antes narré. Ambos amigos tratábamos de ocultar una intención: nos encontramos frente a frente y nos aturdimos, pero además pensamos que de este mútuo aturdimiento nos dábamos cuenta recíproca, que descubríamos el secreto que queríamos guardar. Fingimos una sonrisa ligera, decimos con aliento entre cortado, una de esas frases sin sentido que parecen resolver todos los conflictos: vaya, vaya con mi amigo. Pero inutilmente: el otro nos mira, parece que lee en nuestro rostro la emoción que queríamos guardar secreta en el alma, y el rubor nos enciende la cara, nos sonrojamos, no lo podemos evitar.

En todos los casos es el mismo el origen del rubor: el deseo vehemente, no satisfecho, de ocultar una emoción, una inquietud, una alegría, un remordimiento, un temor, una ansiedad, un afán inmoderado: nos conviene guardarlo, ocultarlo, sustraerlo a todas las miradas, a todas las investigaciones; y he aquí que se trata de descubrirnos el secreto, que se nos adivina, que se nos descubre, que nos han levantado el velo tupido que nuestra timidez, o nuestro pudor, o nuestra confusión, o nuestra modestia habían fabricado para guardarlo. Nos han descubierto, y el rubor asoma a nuestro rostro como manifestación de nuestra turbación, de nuestra contrariedad, de nuestra sorpresa.

He aquí por qué las mujeres se ruborizan más fácilmente que nosotros: tienen más cosas que ocultar, están obligadas a mayor reserva, a mayor circunspección: hay una multitud de cosas que no deben conocer y no conviene que se sepa que las conocen. Están como obligadas a vigilarse constantemente, no pueden manifestar los afectos de su corazón, las intimidades de su espíritu. Además no tienen sobre sí mismas el dominio que noso-

tros poseemos. Son más sensibles, más impresionables, y temen doblemente que se descubra lo que hay en su alma de íntimo, de secreto, de delicado, de pudoroso. Además son más embusteras: porque son más débiles. «El mentir—dice el Doctor Marañón—es un rasgo predominantemente femenino, porque la mentira, biológicamente considerada, es una manifestación defensiva de la debilidad, semejante a la tinta de los calamares y a tantos otros subterfugios, defensivos que la historia natural ofrece». Mienten todos los niños porque son débiles y las mujeres con gran frecuencia porque, más débiles que el hombre, se defienden con ese recurso de la superioridad del otro sexo.

Lo que pasa con las mujeres sucede igualmente con los jóvenes, según queda indicado: los muchachos quieren ocultarlo todo y comprenden que la empresa es superar a sus fuerzas. Temen ser vencidos, ser descubiertos en sus aventuras, en sus vanidades incipientes, en sus aspiraciones de hombres hechos y derechos, en sus esperanzas risueñas llenas de luz y de esplendores. Se creen gallardos, artistas, cultos, audaces: van a conquistar el mundo. Pero no quieren que nada de esto se descubra, no quieren que nada de esto llegue a conocerse; y a cada paso advierten que todo ello se manifiesta, se exterioriza ante los ojos inquisidores y penetrantes de los padres, de los maestros, de los superiores, de los amigos. Y peor aún si es la novia quien lo adivina, y peor aún si es su mamá, la mamá de la novia quiero decir; porque para un muchacho prematuramente enamorado, la mirada de la suegra futura es la más sutil, la más honda, la más descubridora y temible de cuantos ojos se abren en este bajo mundo.

He aquí también por qué el rubor es más frecuente y más intenso en público que en la intimidad. El miedo de los actores, de los oradores, de los concertistas, de cuantos actúan ante públicos nutridos y abundantes: Cuantos más son los ojos que nos miran, cuanto más

ámplia la atención que nos acecha, son más los testigos de nuestras debilidades ocultas, mayor el peligro de que estas debilidades se descubran, más extenso el campo en que han de manifestarse, más numeroso el coro de los que pueden poseer nuestras intimidades, nuestras intimidades alegres o tristes, vulgares o elevadas, sublimes o ridículas, pero nuestras y para nosotros, sin participación para los demás, para los curiosos, para los indiscretos. Ni siquiera el hábito logra disipar esos temores. Las mujeres se han acostumbrado ya a andar por el mundo con faldas cortas, sin ruborizarse, con tal de que los bordes inferiores no excedan de veinticinco centímetros sobre el suelo; pero Sarah Bernard temblaba al salir a escena á los cuarenta años de trabajar en el teatro. No se advertía su rubor, porque las actrices le ponen valla infranqueable con los afeites y arrequives. ¿Será esta la explicación del ardimiento que se nota ahora en muchas mujeres por adornar el rostro a la usanza de las actrices y bailarinas? He aquí otro problema de psicología femenina.

Recurso más llano y más limpio contra el rubor que esos afeites, que dicho sea aquí en secreto, suelen afeard el rostro más que embellecerle, es el uso del abanico, del paraguas, del pañuelo, el refugio del rostro contra la luz directa, y sobre todo la inclinación de la cabeza sobre el pecho y la inclinación de la mirada sobre el suelo. Si las mujeres se penetraran bien del encanto irresistible de esa actitud, la adoptarían como habitual en todos los trances difíciles. La imagen de Julieta en el balcón de Verona no tiene más poesía.

No quiero molestaros más. Como el Doctor Campoy al terminar su brillante conferencia sobre el tracoma, yo tampoco quiero emplear para concluir la mia la frase tradicional «he dicho», porque no he dicho muchas cosas que hubiera querido decir. Pero no quiere ocultar una: hay gentes que no se ruborizan por nada, ni siquiera cuando escriben a vuela pluma cuartillas y más cuar-

tillas sobre temas mal estudiados, ni siquiera cuando las leen luego ante un público selecto. Esto debe explicarse por alguna de las tres razones que antes indicamos como opuestas a todo rubor. ¿Por cual de las tres? ¿Por la inocencia absoluta, por la confianza absoluta, o por la posesión absoluta? Por la segunda, seguramente: por la confianza absoluta. . . en vuestra cortesía.

Y nada más.



BIBLIOTECA PROVINCIAL DE ALMERÍA

**Libros adquiridos con la consignación anual de 750 pesetas
concedidas por el Estado en los tres últimos ejercicios.**

ALARCÓN, Pedro Antonio—De Madrid a Nápoles—9.^a ed.—Madrid—Suc. de Rivadeneyra—1920—2 vol.—18 cm.—8.^o mlla.—Holandesa.

_____ El Escándalo—Novela—27.^a ed. Madrid—Suc. de Rivadeneyra—1922—407 pág. 18 cm.—8.^o mlla.—Hol.

_____ La Alpujarra—6.^a ed.—Madrid.—Suc. de Rivadeneyra—1919—XVI + 450 pág.—18 cm.—8.^o mlla.—Hol.

ALCOCER, Mariano—Archivo general de Simancas.—Guía del investigador—Valladolid—Imp. de la Casa Social Católica.—1923.—205 pág. + 1 hoj.—17 cm.—8.^o mlla.—Cart.

ARCO, Ricardo del—El Genio de la Raza—Figuras aragonesas (Primera serie)—Tip. «Heraldo de Aragón» 1923—196 pág. + 2 hoj. + 15 lám.—18 cm. 8.^o mlla.

BIBLIOTECA (Nueva) de Autores Españoles bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo—Madrid—Bailly-Bailliere—1905—1925—25 vol—26 cm.—4.^o mlla.—Hol.

EN PUBLICACIÓN.

Contiene:

1—Orígenes de la Novela—Tomo I—Introducción—Tratado histórico sobre la primitiva novela española por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. . . Segunda tirada.

2—Autobiografías y memorias coleccionadas e ilustradas por M. Serrano y Sanz—CLXVI ÷ 545 pág. ÷ 1 hoja.

3—Predicadores de los siglos XVI y XVII—Tomo I. Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera. . . con un discurso preliminar de D. Miguel Mir.

4—Comedias de Tirso de Molina—Tomo I—Colección ordenada e ilustrada por D. Emilio Cotarelo y Mori.

5—Primera crónica general—Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289 publicada por Ramón Menéndez Pidal—Tomo I.

6—Libros de caballerías—Primera parte. Ciclo artúrico—Ciclo carlovingio, por Adolfo Bonilla y San Martín.

7—Orígenes de la Novela—Tomo II—Novelas de los siglos XV y XVI con un estudio preliminar de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

8—Historia de la Orden de San Jerónimo por Fr. José de Singüenza—2.^a ed.—Publicada con un elogio de Fr. José de Singüenza, por Juan Catalina García—Tomo I.

9—Comedias de Tirso de Molina—Tomo II. Colección ordenada e ilustrada por D. Enrique Cotarelo y Mori. . .

10—Crónicas del Gran Capitán por Antonio Rodríguez Villa. . . 2 hoj. ÷ LXXI ÷ 612 pág.

11—Libros de caballerías—Segunda parte—Ciclo de los Palmerines—Extravagantes—Glosario—Variantes—Correcciones—Indices, por Adolfo Bonilla y San Martín.

12—Historia de la Orden de San Jerónimo por Fr. José de Singüenza—2.^a ed.—Publicada con un elogio de Fr. José de Singüenza por Juan Catalina García—Tomo II.

13—Historiadores de Indias—Tomo I—Apologética—Historia de las Indias de Fr. Bartolomé de las Casas por M. Serrano y Sanz.

14—Orígenes de la Novela—Tomo III—Novelas dialogadas, con un estudio preliminar de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

15—Historiadores de Indias—Tomo II—Guerra de Quito, de Pedro Cieza de León—Jornada del Río Marañón, de Toribio Ortiguera—Jornada de Omogua y Dorado—Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata, y Chile de Fr. Reginaldo de Lizárraga, por M. Serrano y Sanz.

16—Escritores místicos españoles—Tomo I—Hermando de Talavera, Alejo Venegas, Francisco de Osuna, Alfonso de Madrid. Con un discurso preliminar de Don Miguel Mir...

17—18—Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII. Ordenada por Don Emilio Cotarelo y Mori... Tomo I—Vol. 1º. y 2º.

19.—Cancionero castellano del siglo XV, ordenado por R. Foulché Delbose.—Tomo I.

20.—Obras místicas del M. R. P. Fr. Juan de los Angeles... anotadas y precedidas de una introducción bio-bibliográfica por el P. Fr. Jaime Sala... Parte primera.

21—Orígenes de la Novela—Tomo IV — («El Asno de Oro», de Lucio Apuleyo.—«Eurialo e Lucrecia»—Fabulario, de Sebastián Mey.—Coloquios de Erasmo—Coloquio de las Damas, de Pedro Aretino—«Diálogos de amor», de León Hebreo—«El viaje entretenido», de Agustín de Rojas). Con una introducción de A. Bonilla y San Martín. Retrato y facs. de la firma M. Menéndez y Pelayo.

22—Cancionero castellano del siglo XV ordenado por R. Foulché Delbose. Tomo II.

23—Sainetes de D. Ramón de la Cruz, en su mayoría

inéditos. Colección ordenada por D. Emilio Cotarelo y Mori. . . Tomo I.

24—Obras místicas del M. R. P. Fr. Juan de los Angeles. Obra preparada por el P. Fr. Jaime Sala. . . Revisada, anotada y precedida de unas ligeras notas biográficas del P. Jaime Sala por el P. Fr. Gregorio Fuentes. . . Parte segunda. Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares, de Salomón.

25—Orígenes de la dominación española en América—Estudios históricos por D. Manuel Serrano y Sanz. Tomo primero.

CALA Y LÓPEZ, Ramón, y Miguel Flores González—Grano de Oro — Monografías históricas — Garrucha — Cuevas (Almería) [Al fin: Hijos de Campoy] — 1920—136 pág. + 1 hoj. + 4 lám—4.º Tela.

CAMOENS, Luis de — Los Lusíadas. Traducción al castellano por D. Lamberto Gil—Madrid—[Imp. de los Suc. de Hernando]—1921—1 hoj. + 459 pág.—18 cm. 8.º mlla—Pasta. Tomo C. de la «Biblioteca clásica».

CARBALLO, Jesús—Prehistoria universal y especial de España—Madrid—Imp. de la Viuda de L. del Horno—1924.—426 pág. + 1 hoj. + I — VIII lám. — 24 cm.—4.º mlla—Hol.

CICERÓN, Marco Tulio—Vida y discursos. Traducción de los señores Díaz Tendero. —Madrid—[Perlado Páez y C.ª, Suc. de Hernando]—1917 - 1922—7 vol.—18 cm—8.º mlla—Pta.—Tomos CCII—CCIV, CCVI—CCVII, CCX y CCXII de la «Biblioteca clásica».

CLEMENTE DE DIEGO, Felipe — Curso elemental de Derecho civil, común y foral. Madrid — Talleres Poligráficos—Suc. de Rivadeneyra—1919 - 1923 —6 vol. 22 cm—8.º mlla—Hol.

En publ. el tomo VII, último de la obra.

CÓDIGO civil español con las correcciones y reformas introducidas posteriormente. . . por la Redacción

de la Revista de los Tribunales, precedido de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Covián y Junco — Décima sexta edición — Madrid — [J. Góngora] — 1922 — XXVIII + 852 pág. — 15 cm. — 16.º mlla — Tela.

CHWOLSON, O. D. — Tratado de Física — Traducción de Juan B. de Aguilar - Amat. . . I. Mecánica. Instrumentos y métodos de medición — II. Estados de los cuerpos — III. Acústica. Energía radiante — IV. Óptica. Refracción. Aparatos — V. Difracción, doble refracción — Polarización — VI. Energía calorífica. Termómetros. Capacidad calorífica. Termoquímica conductibilidad calorífica — VII. Termodinámica, fusión, evaporación — VIII. Termodinámica — Propiedad de los vapores. Disolución — IX. Campo eléctrico constante — X. Campo magnético constante (Primera parte) — XI. Campo magnético constante. (Segunda parte) — XII. Campo magnético variable — Barcelona — Feliu y Susanna — 1916 — 1922 — 12 vol — 24 cm. — 4.º mlla — Tela — Con grabados intercalados.

DICCIONARIO de la lengua castellana por la Real Academia Española — Décimocuarta edición — Madrid — Suc. de Hernando — 1914 — XVIII + 1080 pág. + 1 hoj. 32 cm. — 4.º mlla. — Hol.

DICCIONARIO — Real Academia Española — de la lengua española — Décima quinta edición. Talleres Calpe — 1925 — XXII + 1276 pág. + 1 hoj. — 32 cm. 4.º mlla — Pta. grab.

EMKEN, Rodolfo — Los grandes pensadores. Su teoría de la vida. Historia de la evolución del problema de la vida de la Humanidad desde Platón hasta nuestros días. Traducida directamente de la 10.ª edición alemana por Faustino Ballve. — Madrid — [Antonio Marzo]. 1914 VII + 616 pág — 22 cm — 8.º mlla — Tela.

[ESQUILO] — Las siete tragedias de Eschylo puestas del griego en lengua castellana con notas y una introducción por D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra —

Madrid—[Perlado, Páez y C.^a suc. de Hernando] 1916
CXVII + 523 pág. + 1 hoj.—18 cm.—8.^o mlla. Pta.

Tomo XXXII de la «Biblioteca Clásica».

EURÍPIDES—Obras dramáticas, vertidas directamente del griego al castellano por Eduardo Mier y Barbery Madrid—[Emp de los Suc. de Hernando]—1909—1910
3 vol.—18 cm—8.^o mlla—Pta.

Tomos CCXXI, CCXXII y CCXXV de la «Biblioteca Clásica».

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Delfin—Las grandes Catedrales de Europa—Monografías—Albums de las principales catedrales europeas—Barcelona—[Imprenta Casanovas]—(S. a.)—2 vol.—35 cm—Fol. mlla—Tela—con grabados.

GARCÍA ASENSIO, Enrique—Historia de la villa de Huércal-Overa y su comarca, precedida de un estudio físico-geológico de la cuenca del río de Almanzora y terminando con la descripción política actual—Murcia—Martínez y Giménez—José Antonio Jiménez—1908—1910—3 vol. con 37 lám.—22 cm—8.^o mlla—Hol.

GARCÍA ROMERO, Francisco—Catálogo de los incunables existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia—Madrid—Editorial Reus—1921—189 pág. + 1 hoj. + 16 facs.—4.^o Tela.

GARCÍA VILLADA, Zacarías—Metodología y Crítica históricas—Segunda edición refundida y aumentada—Barcelona—Sucesores de Juan Gili—1921—XI + 383 pág. + 1 hoj. + 1—25 lám—19 cm—8.^o mlla—Tela.

————— Paleografía española precedida de una introducción sobre la Paleografía latina e ilustrada con veintinueve grabados en el texto y ciento diez y seis facsimiles en un album aparte—Madrid [Blass. Soc. An Tipogr.—Fotot. de Hauser y Menet] 1923—2 vol—20 y 25 cm—8.^o mlla y 4.^o mlla apais.—Tela.

GRAMÁTICA—Real Academia Española.

————— de la lengua española—Nueva edición refor-

mada—Madrid—[Suc. de Hernando]. 1924—564 pág.—4.º—Tela.

GONZÁLEZ PALENCIA, Angel—Historia de la España musulmana—Barcelona [Tip. de «Editorial Labor»]—1925—182 pág. + 1 hoj. con 12 lám.—19 cm. 8.º mlla. Tela.

Con grabados intercalados.

HOMERO—La Iliada, traducción del griego al castellano por D. José Gómez Hermosilla—Madrid—[Suc. de Hernando]. 1923—1924—3 vol.—8.º mlla. Pta.

Tomos I—III de la «Biblioteca clásica».

————— La Odisea, traducida directamente del griego en verso castellano por D. Federico Baráibar y Zumárraga—Madrid—[Perlado, Páez y C.ª Suc. de Hernando] 1922—2 vol.—18 cm.—8.º mlla—Pta.

Tomos XCV—XCVI de la «Biblioteca Clásica».

Encuadernado con el tomo II:

Homero — La Batracomiomaquia. Traducción de D. Jenaro Alenda—38 pág. + 1 hoja.

HURTADO y J. de la Serna, Juan, y Angel González Palencia—Historia de la Literatura Española—Segunda edición—Madrid [Tip. de la Revista de Arch, Bibl. y Museos]—1925—XVI + 1127 pág. + 4 hoj.—22 cm.—8.º mlla.

IBARRA Y RODRÍGUEZ, Eduardo—Historia Universal Moderna, Barcelona—Suc. de Juan Gili—1923—2 vol. 19 cm.—8.º mlla—Tela.

JELLINEK, G.—Teoría general del Estado. Traducción de la segunda edición alemana y prólogo de Fernando de los Ríos Urruti. . . Madrid—[Hijos de Tello] 1914—1915—2 vol.—19 cm.—8.º mlla—Hol.

LAFUENTE, Modesto—Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, continuada desde dicha época hasta nuestros días por Don Juan Valera con la colaboración de D. An-

drés Borrero y D. Antonio Pirala—Barcelona—Montaner y Simón—1889—1890—25 vol. con 106 lám.—4.º Tela grab. y piel.

MARTÍNEZ Y VALVERDE, Joaquín—Guía del diagnóstico de las enfermedades mentales con nociones sobre la terapéutica, deontología y medicina legal frenopáticas y dos apéndices conteniendo la legislación vigente en España y un formulario de documentos médico-legal. . . con un prólogo de D. Arturo Galcerán—Barcelona [José Espasa] 1900—XXII pág. + 1 hoj. + 386 pág.—25 cm.—4.º mlla. Tela.

MANAVA-DHARMA-ZASTRA o Libro de las Leyes de Manú, traducido del sánscrito por José Alemany Bolufer—Madrid—[Imp. de los Sucesores de Hernando] 1912—XVI + 444 pág.—18 cm—8.º mlla. Pta.

Tomo CCXXVII de la «Biblioteca Clásica».

MASPERO, G.—El arte en Egipto. . . Traducción española de E. Díez-Canedo—Madrid—Librería Guttenberg de José Ruiz—1915—2 hoj. + 344 pág. + 4 lám.—18 cm.—8.º mlla—Tela.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino—Obras completas—Madrid—[Fortanet]—1911—1923—13 vol.—25 cm. 4.º mlla.—Hol.—En publicación.

Contiene:

I—Historia de los heterodoxos españoles —Segunda ed. refundida—Tomo I.—Con retrato del autor.

II—III—Historia de la poesía hispano americana—Tomo I y II.

IV—VI—Historia de la poesía castellana en la Edad Media—Ed. ordenada y anotada [desde el pliego 13 del tomo I] por D. Adolfo Bonilla y San Martín. Tom. I. II y III.

VII—VIII—Historia de los heterodoxos españoles. Segunda ed. aumentada.—Edición ordenada y anotada por D. Adolfo Bonilla y San Martín—Tom. II y III.

IX—Ensayos de crítica filosófica—Edición ordenada y anotada por Don Adolfo Bonilla y San Martín — 399 pág. + 1 hoja.

X—XIII—Estudios sobre el teatro de Lope de Vega—Ed. ordenada y anotada por D. Adolfo Bonilla y San Martín. Tom. I—IV.

(Los ocho primeros tomos proceden del Depósito de Libros. Los cinco restantes adquiridos por compra).

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón—Documentos lingüísticos de España—I. Reino de Castilla—Madrid — [Suc. de Hernando]—1919—X + 503 pág. + 1 hoj.—25 cm. 4.º mlla.—Hol.

MESA Y RAMOS, José—Pozos artesianos y pozos de petróleo—Tercera ed. aumentada con investigación, descubrimiento y explotación de yacimientos petrolíferos en España — Madrid — [Est. tip. «Nieto y Comp.ª»] — 1924—IX + 337 pág.—4.º Hol.—Con grabados.

MESTRE IBÁÑEZ, M.—Treinta lecciones de análisis clínicos. Estudio teórico y práctico de los métodos que pueden ser empleados en pequeños laboratorios. — Segunda ed. corr. y aum.—Madrid—Suc. de Rivadeneyra. 1925 — XI + 237 pág. + VII lám. — 4.º Tela — Con grab. intercalados.

MOLINARI, Hector—Química general y aplicada a la industria—Química inorgánica—Tomo I.—Generalidades—Metaloides—Tomo II. Metales—Química orgánica. Tomo I. Generalidades—Derivados del metano — Tomo II. Compuestos cíclicos. — Versión por el Dr. José Estalella. . .—2.ª ed. completamente reform. y ampl. con arreglo a la 4.ª ed. italiana—Barcelona — [Guinart y Pujolar]—1920—1923—4 vol.—25 cm.—4.º mlla.—Tela—Con grab. internos.

MUJER—La — en la familia—La hija—La esposa. La madre por la Condesa de A*—Edición ilustrada por Nicanor Vázquez—Barcelona—Montaner y Simón, Editores—1907—336 pág.—24 cm.—4.º mlla.—Tela grab.

MUÑOZ Y RIVERO, Jesús — Paleografía visigoda — Método teórico-práctico para aprender a leer los códices y documentos españoles de los siglos V al XII — (Nueva tirada)—Madrid—[Tipolit. L. Faure] 1919 — 4 hoj. + 160 pág. + 45 facs.—22 cm.—8.º mlla.—Hol.

OSLER, Guillermo—Tratado de Patología interna — Octava ed. inglesa, ampliamente refundida y revisada con la colaboración de Tomás Mac Crae. . . Traducida al español por Francisco Tous Bjaquui. . . Barcelona — [Sociedad Anónima «La Neotipia»] 1915 — 2 vol.—25 cm. 4.º mlla—Tela.

PALACIO FONTÁN, Eduardo del—y Andrés Román Monreal Jaén—Didáctica franco-española—Método crítico Palacio — Monreal de lengua francesa segundo curso—Avila—Senén Martín—1923—356 pág. + 2 hoj. 21 cm.—8.º mlla.

—————. y Andrés Román Monreal Jaén—Didáctica franco-española—Selección de trozos pedagógicos con prácticas de repaso general, documentos mercantiles y modelos de traducciones—Avila—Senén Martín—1923—252 pág.—20 cm. 8.º mlla.

PANCHATANTRA ó cinco series de cuentos, traducido del sánscrito por D. José Alemany Bolufer. . . Madrid. [Perlado, Páez y C.^a]—1923—XVI + 416 pág.—18 cm.—8.º mlla.—Pta.

Tomo CCXIX de la «Biblioteca Clásica».

PEREIRA, Carlos—Historia de América española— I Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo—II. El Imperio Español—III. Méjico—IV. Las Repúblicas del Plata. V. Los Países Antillanos y la América Central—VI. Colombia, Venezuela, Ecuador. VII. Perú y Bolivia. — Madrid [Imp. Fortanet — Tip. Moderna] — (S. a)—7 vol.—4.º Tela. Con grabados.

En pub. el tomo VIII, último de la obra.

PÍNDARO—Odas, traducidas en verso castellano con carta prólogo y notas por el Ilmo. Señor D. Ignacio

Montes de Oca. . . Madrid [Perlado, Páez y C.^a]—1914. XXIII + 366 pág. + 1 hoj.—18 cm.—8.^o mlla.—Pta.

Tomo LVII de la «Biblioteca Clásica».

PLATÓN—La República o Coloquios sobre la justicia, traducidos en castellano e ilustrados con notas por D. José Tomás y García—Madrid [Perlado, Páez y C.^a] 1920—1923—2 vol.—18 cm.—8.^o mlla.—Pta.

Tomos XCIII y XCIV de la «Biblioteca Clásica».

POETAS LÍRICOS griegos traducidos en verso castellano directamente del griego por los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Canga—Argüelles y Castillo Ayenza, Madrid—[Imp. de los Sucesores de Hernando]—1918 VIII + 460 pág. + 1 hoja. 18 cm.—8.^o mlla.—Pta.

Contiene noticias biográficas, odas y otras composiciones poéticas de Anacreonte, Safo, Érina, Alceo, Alcman, Stesicoro, Ibico, Simónides, Baquílides, Arquíloco, Meleagro, Tirteo, Alpheo, Pratinas, Menalíppides, Aristóteles, y Canción de las golondrinas de los niños de Rodas.

Tomo LXIX de la «Biblioteca Clásica».

RIVADENEIRA, Pedro—Obras escogidas del Padre _____ . . . con una noticia de su vida y juicio crítico de sus escritos por Don Vicente de la Fuente—Madrid—Imp. de los Sucesores de Hernando—1919—XXIII + 609 pág. + 1 hoj. 25 cm.—4.^o mlla.—Hol.

Tomo LX de la Biblioteca de Autores Españoles, editada por Rivadeneyra, que completa esta magnífica colección.

RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco—Mas de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas—. . . Madrid—Tip. de la «Revista de Arch., Bibl. y Museos»—1926—I. + 519 pág. + 2 hoj.—24 cm.—4.^o mlla.—Tela.

_____. Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII.—Madrid.

Tip. de la «Revista de Arch., Bibl. y Museos» — 1923
2 hoj. + 523 pág.—24 cm.—4.º mlla. Hol.

ROUSSEAU, Juan Jacobo—Emilio o La Educación...
Versión española. . . de Rafael Urbano.—Madrid—[Ti-
polit. L. Faure]—1916—2 vol.—19 cm.—8.º mlla.—Tela-

Con retrato del autor.

ROUSSEAU, Juan Jacobo — Las Confesiones. Ver-
sión española. . . de Rafael Urbano — Madrid — [Faure]
1923—2 vol.—19 cm.—8.º mlla.—Tela.

Con retrato del autor.

ROYO VILLANOVA, Antonio—Elementos de De-
recho Administrativo — Cuarta edición — Valladolid —
Imprenta Castellana — 1915 — 525 pág. + 5 hoj. —
4.º — Hol.

SANNINO, F. Antonio—Tratado de Enología—Ver-
sión de la 2.ª edición italiana por. . . Arnesto Mes-
tre. . . — Barcelona [Guinart y Pujolar] — 1925 — VI
pág. + 1 hoj. + 920 pág.—25 cm.—4.º mlla.—Tela.

Con figuras.

SCHUBERT, Otto — Historia del barroco en Espa-
ña. Traducción del alemán por Manuel Hernández Al-
calde — Madrid — [Santander—Aldus, S. A.] 1924. —
XXXII + 469 pág.—27 cm.—4.º mlla. Tela.

Con 292 grabados y una lámina doble.

SEIGNOBOS, Ch. — Historia Universal—I. Historia
antigua de Oriente y Grecia — II. Historia de Roma —
III. Edad Media — IV. Historia Moderna hasta 1715 —
V. Historia Moderna desde 1715 a 1815 — VI. Historia
Contemporánea — Traducción española de Domingo
Vaca. [Los tomos V y VI con la colaboración de A.
Metin] — Madrid — [Luis Faure] — 1920 — 1925 — 6
vol. 18 cm.—8.º mlla.—Tela.

Con grab. y 42 mapas.

SHAKESPEARE, Guillermo — Dramas — El merca-
der de Venecia — Macbeth — Romeo y Julieta — Oteló.

Traducción de D. Marcelino Menéndez Pelayo—Barcelona — Casa Editorial Maucci — (S. a.) — 364 pág. + 1 hoj. con 6 lám.—21 cm.—8.º mlla.—Tela.

Con grab. intercal.

_____. Dramas. Hamlet. Traducción de L. Fernández Moratín—El Rey Lear—Cimbelina. Traducción de A. Blanco Prieto—Barcelona—Casa Editorial Maucci—(S. a.) 445 pág. + 1 hoj. con 14 lám.—21 cm.—8.º mlla.—Tela.

Con grab. intercal.

_____. Dramas. Julio César—Como gustéis—Comedia de equivocaciones—Las alegres comadres de Windsor. Traducción de José Arnaldo Márquez.—Barcelona—Casa Editorial Maucci—(S. a.)—582 pág. + 1 hoj. con 7 lám.—21 cm.—8.º mlla. Tela.

Con grab. intercal.

_____. Dramas. Sueño de una noche de verano — Medida por medida — Coriolano — Cuento de invierno—Traducción de José Arnaldo Márquez — Barcelona—Casa Editorial Maucci—(S. a.)—414 pág. + 1 hoj. con 9 lám.—21 cm.—8.º mlla.—Tela.

Con grab. intercal.

TORRUBIANO RIPOLL, Jaime—Novísimas Instituciones de Derecho Canónico acomodadas al nuevo Código ordenado por S. S. el Papa Pio X y promulgado por la Santidad de Benedicto XV. — Madrid — Gráfica Escelsior—Suc. de Rivadeneyra—1919—1920—2 vol.—18 cm.—8.º mlla.—Tela.

El vol. I sin lugar de impresión.

El vol. II se titula: «Cosas eclesiásticas, Derecho procesal y penal de la Iglesia Católica».

VIDAL DE LA BLACHE, P. y P. Camena d'Almeida. Curso de Geografía adaptado a las necesidades de España y América por Antonio Blázquez — Vol. I. La Tierra. Geografía general por P. Camena d'Almeida. . .

Traducción de la 4.^a edición francesa por Antonio Blázquez y Delgado Aguilera. . . 3.^a edición española, revisada. . .—Vol. II. Europa por P. Camena d'Almeida. . . Refundición de la 12.^a edición francesa, por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. . . 2.^a edición—Vol. III. Península Ibérica, por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. . . 2.^a edición corregida. . . —Vol. IV. Asia, India insular, Africa por P. Camena d'Almeida. . . Trad. de la 12.^a ed. francesa, por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. . . Vol. V. América Septentrional — América Central — Las Antillas. . . Alaska, Canadá, Estados Unidos, por P. Camena d'Almeida. . . Generalidades sobre América, México, América Central, las Antillas, por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. . . Vol. VI. América Meridional, Oceanía. América Meridional, por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. . . Oceanía, por P. Camena y Antonio Blázquez—Barcelona—Herederos de Juan Gili—Suces. de Juan Gili—1914—1924—6 vol.—19 cm.—8.^o mlla. Tela.

Con grab. intercal.

VIZUETE, Pelayo—Lecciones de árabe marroquí — [Barcelona—Domingo Claroso] — (S. a.) — 362 pág.—20 cm.—8.^o mlla.—Tela.

WILSON, Woodrow.—El Estado. Elementos de política histórica y práctica. . . con una introducción de Oscar Brownin. . . Traducción española con un estudio preliminar de Adolfo Posada. . . — Madrid — [Hijos de M. G. Hernández] — 1904 — 2 vol. — 19 cm. — 8.^o mlla. — Hol.

EL BIBLIOTECARIO

ANTONIO TAMAYO

UN OLVIDO LAMENTABLE

Se ha constituido en esta ciudad, como en todas las capitales de provincia, la Junta para arbitrar recursos con destino al monumento a Miguel de Cervantes Saavedra, integrada por personalidades de las más relevantes en todos los órdenes de la actividad almeriense.

Nosotros agradecemos mucho la atención que se ha tenido con nuestra Sociedad designando Vocal de la Junta a nuestro Presidente, señor Sánchez Entrena, pero no podemos menos de manifestar nuestra sorpresa al ver que en una comisión para homenaje a Cervantes, en Almería, no figura el nombre prestigioso del primer cervantista almeriense, don Antonio Ledesma Hernández, a quien entendemos corresponde por derecho propio el primer lugar en cualquier acto, comisión o junta, que en Almería se refiera al Manco inmortal.

La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, es uno de los mejores libros, entre tantos, publicados con motivo del tercer centenario de la aparición de la primera parte del *Quijote*, y si el señor Ledesma no hubiera tenido ya, justamente, consagrada su fama de insigne literato y de superior cultura, bastaría la mencionada obra para darle preferentísimo lugar entre los más ilustres escritores hispanos.

Si es que el señor Ledesma, por el mal estado de su salud, que tanto lamentamos los admiradores imparciales de su labor poligráfica, no puede ocupar un puesto activo, creemos debió dársele honorífico, reconociendo así que aquí en cuanto a Cervantes se refiera no puede prescindirse de aquel docto almeriense, honra y orgullo de las letras locales.

Comisión de Monumentos
Históricos y Artísticos de la Provincia
de Almería.

Nuevamente ruega a todos los Alcaldes, Párrocos y Maestros que aún no han contestado los Cuestionarios que se les tienen remitidos, lo hagan a la mayor brevedad, prestando con ello un verdadero servicio a la cultura general y contribuyendo al mejor y mas completo conocimiento de nuestra Provincia en los aspectos artístico, arqueológico e histórico a que los datos solicitados se refieren.

Pronto aparecerán, en esta REVISTA, las contestaciones recientemente recibidas gracias al valioso concurso del señor Delegado Gubernativo Don Rafael de Santa-Pau, a quien testimonia la Comisión su sincero agradecimiento por la cooperación, que con ilustrado celo, viene prestándole a tal objeto.
